

OFICIOS Zapatero

M.^a José Tejedor y M.^a Pilar Villarroya.

Fotos: M.^a Pilar Villarroya

“Zapatero remendón, ya en el oficio lleva el don”.



Luis Grau



M.^a Luisa Tello

Comencemos con ritmo y como canta David Bowie: *“Put on your red shoes and dance the blues”*.

El oficio de zapatero nació en el momento en que el hombre creó por primera vez una protección para sus pies, hace unos 15.000 años. Durante la Edad de Piedra, las mujeres eran responsables de la confección del calzado para toda la familia.

El zapato ha jugado un rol esencial en la historia de la feminidad. El calzado es importante, aunque con el paso del tiempo se ha convertido más en un *fashion statement* que en una mera necesidad. En la historia del zapato, el zapatero surge como una figura imprescindible; es otro de tantos artes en vías de extinción. Este término puede designar un vendedor, hacedor o reparador de zapatos.

En Andorra quedaban todavía dos antiguos zapateros de profesión: Luis Grau y el *Sangal*; pero desde hace poco tiempo, la única que nos presta su servicio es la mujer de Luis, Marisa. Nos centraremos en la historia de los Tirso, por ser los que mantienen el oficio en nuestra villa.

Los zapateros, sentados en su vieja banca de zapatero, provistos de su pata de fierro, lezna¹, pita², cera y su cuchillo, mantienen el arte de reparar el calzado, que a veces los clientes dan por perdido.

Nadie podría decir que no ha utilizado más de una vez los servicios del zapatero para dejarnos los zapatos como nuevos. Al entrar en estas zapaterías artesanales vemos al zapatero con un delantal de cuero algo raído y el olor a betún, a cuero, nos transporta a un tiempo ancestral y remite al trabajo bien hecho.

El lugar de trabajo ni requería ni requiere unas características específicas. Eran unos cuartos, mucho más pequeños antes, en los que se pueden ver cientos de zapatos de toda clase, sin orden ni concierto. Este desorden ordenado lo encuentras en todos los talleres de zapatero, es el común denominador de estos hombres que un día decidieron seguir el oficio de su padre o empezarlo, el ancestral y honroso trabajo de restaurar el calzado. En su mesa yacen diversos utensilios, herramientas para su trabajo y materiales dispersos: leznas, trozos de suela, cuero, clavos, tachuelas, cuchillos, cinturones, hebillas, corchetes, bolsas, pantalones, retazos de cuero... Una vez arreglados, los zapatos se envolvían en papel de periódico, zapatos que anteriormente se habían *lujado*³.

En cuanto a la ropa de trabajo, ya hemos mencionado que los zapateros llevaban tradicionalmente un delantal de cuero raído, pero Luis nunca lo llevó porque afirma que no le gustaba, y dice que nunca se cortó.

El tiempo de reparar el calzado dependía del desperfecto. Siempre ha habido una especie de leyenda en la que se decía que al preguntarle al zapatero que cuándo estaría el arreglo, él respondía siempre lo mismo: “mañana o pasado, a más tardar”.

Luis Grau lo heredó de su padre, Tirso, que tuvo la zapatería al lado de la Casa de Cultura, que a su vez lo había heredado de su abuelo José Mari, que la tuvo en la calle La Fuente. Y, como nos dice Luis, “aquí se acaba la historia, ya que tiene dos hijas que no van a continuar el oficio”. Sin embargo, manifiesta que “aunque hubiera tenido hijos, no hubiera querido que siguieran con el oficio”.

Empezó a trabajar en esto a la edad de ocho años, como él mismo recuerda: “Después de salir de la escuela iba a ayudar a mi padre, que era muy exigente y no dejaba pasar una”. “Los oficios hay que aprenderlos de pequeño”, como dice el refrán: *Aprendiz con pelo, pa’ jodelo*. El espacio donde trabajaba su padre era más pequeño que el que tiene ahora, el que ha tenido siempre en el mismo sitio, en la calle La Unión.

La familia se fue a Zaragoza y allí el cuarto era mucho más pequeño; lo tuvieron en la Calle Pignatelli: “Era un bajo, la mitad de éste”. A los veintitrés años Luis volvió a Andorra y “a trabajar”. Puso la zapatería él solo, ya que su padre se había quedado en Zaragoza. Más tarde, su padre



cerró la de allí y estuvieron trabajando los dos juntos: “Había mucho trabajo, fue cuando la construcción de la térmica”.

Y añade: “A mí lo que me gustaba era la mecánica, pero había que ayudar al padre y no discutir y mis dos hermanos no quisieron seguir el oficio. Compaginé la mina con la zapatería. Antes era mi madre la que me ayudaba y luego ya fue mi mujer, Marisa”.

Como siempre, llegó la técnica y las máquinas quitaron mucho trabajo: “Lo malo es que ahora los zapatos no están bien hechos, son de plástico, sintéticos, sin calidad, y es más complicado el arreglarlos; antes estaban bien hechos. El cartón no está en la caja, sino en los zapatos. Antes había que terminarlos con una lija y un cristal, todas las tapas y las mediasuelas, pero ahora, al estar mal hechos, todo pegado, no se puede hacer bien la terminación. Y los chinos han malogrado todo. . . La gente sigue arreglando los zapatos, pero como son malos no se pueden arreglar bien, a veces hay que hacer chapuzas”.

El abuelo y el padre de Luis hacían zapatos y él mismo hizo todavía: “Éramos profesionales, hacíamos de todo. Los cortadores eran profesionales, ibas a comprar los cortes y con una máquina de buen guarnicionero⁴ los cosías, había que tener buenas máquinas. Había que cortarlos, coger el zapato, hacer los pespuntos para que el zapato quedara unido. Hoy valdría mucho hacer un zapato bueno; vale mucho hacer un zapato a medida. Los zapatos tienen que estar cosidos para ser un buen zapato, ahora están pegados la mayoría”.

“Las pieles que se utilizan son de toro y necesitan dieciocho meses por lo menos a remojo en unas balsas hasta que tiran el pelo. Antes se dejaba que llevaran su tiempo de curtimiento⁵, ahora, con productos se adelanta su secado; las pieles no son igual de buenas, las curten deprisa, ha perdido naturalidad el curtido y habría que poner de plantilla una buena suela”.

Continúa explicando el proceso: “Con un cristal, una cuchilla de zapatero y una tenaza de montar, se hacían los zapatos con clavos de latón, que no hacen óxido; si son de hierro se oxidan y queman el material. Antes se usaban clavos de madera que al mojarse se ensanchaban y así no se movían. La piel hay que saber cortarla, con una buena *uña de gato*, que así se llama el instrumento. Hay que hacerlo a pulso; se corta, se guarnece, se monta, se pone el forro y el contrafuerte, que antes era de suela; como no había pegamento se hacía engrudo⁶ con agua y harina, todo artesanal. Se daba la mano de engrudo y se montaba. Siempre hacíamos las dos cosas, hacer y reparar calzado. Para poder hacer un zapato había que tomar medida, la gente que se hacía los zapatos a medida solía tener los pies con problemas o muy anchos. Los zapateros no nos podemos llamar guarnicioneros, para eso hay que tener máquinas buenas, las máquinas de coser no tienen la misma forma que tienen las de los guarnicioneros, son especiales y hacen que el zapato salga bien, si no son buenas máquinas, se descuadrarían. Había que seguir las anchuras de las suelas, calentar con fuego y hacerles el canto a los zapatos”. Luis se acuerda de que unos zapatos podían costar 350 pesetas, un par de tapas de tacones de aguja 2,50, pero, “poco a poco, todo fue subiendo”. En la mili costaban 14 duros unas botas.

Asimismo, añade que su padre también hacía albarcas con las gomas de los neumáticos, sobre todo en el tiempo del estraperlo⁷. “Cogía la rueda, hacía unos manguitos, la rueda la escamaba, dejaba la lona, metía la recámara y con la goma hacía suelas, y de allí sacaba los caretos y las taloneras de las albarcas. Rompía una rueda para arreglar otra”.

Con una chapica le daban la vuelta y ponían los puntas de los cordones.

En cuanto a los instrumentos a los que hemos ido haciendo referencia, eran muchos y variados al principio, pero ahora el trabajo no requiere más que unas cuantas herramientas, como puede apreciarse en las fotografías.

Especial atención merece el metro, para medir los pies, que se puede considerar una pieza de museo. Se tomaba la medida del pie y daba un número en centímetros a los que había que añadir 11 centímetros más.

En fin, con la nostalgia con que nuestros protagonistas rememoran los viejos oficios, concluye Luis: “Esto se acaba radical; con un oficio antes se podía comer, ahora es más fácil ir a jornal. Para hacer ahora zapatos cada persona se especializa en una cosa, máquina, prensa, etc. y no saben hacer todo el proceso. Los tiempos que corren hacen que la gente no lleve los zapatos a reparar; la sociedad de consumo ha podido y la gente los tira y compra otros”.

Hemos evocado aquí la figura del zapatero remendón, que parece que siempre tuviera que ser bonachón.



1 (De lesna). f. Instrumento que se compone de un hierro con punta muy fina y un mango de madera, que usan los zapateros y otros artesanos para agujerear, coser y pespuntar.

2 Cordel de cáñamo.

3 Lujar: Dar lustre al calzado.

4 Operario que trabaja o hace objetos de cuero, como maletas, bolsos, correas, etc.

5 De curtir, adobar, aderezar las pieles.

6 Cola de pegar.

7 Comercio ilegal de artículos intervenidos por el Estado o sujetos a tasa